

DISCURSO

PRONUNCIADO EL 20 DE ABRIL DE 1909

POR

EL ILMO. Y RVMO. SEÑOR ARZOBISPO DOCTOR

D. Federico González Suárez

CON MOTIVO

DE LA FIESTA CELEBRADA ESE DIA

EN LA IGLESIA DE LA COMPAÑIA DE JESUS

A LA DOLOROSA DEL COLEGIO DE QUITO



QUITO - 1909

IMPRESA DEL CLERO

DISCURSO

PRONUNCIADO, EL 20 DE ABRIL DE 1909, POR EL ILMO. Y RMO.
SR. ARZOBISPO DR. DN. FEDERICO GONZALEZ SUAREZ,
CON MOTIVO DE LA FIESTA CELEBRADA ESE DIA,
EN LA IGLESIA DE LA COMPAÑIA DE JESUS,
A LA DOLOROSA DEL COLEGIO DE QUITO

*Filiae Jerusalem, nolite flere
super me, sed super vos ipsas
flete, et super filios vestros.*

Hijas de Jerusalén, no lloréis por mí; llorad por vosotras mismas y por vuestros hijos.—Evangelió de San Lucas (cap. 23, v. 28).

I

Amadísimos Hijos en Jesucristo :



UNQUE mi intención es dirigir mi palabra á todos los que os habéis congregado ahora en este santo templo, para honrar á la Madre de Dios; con todo, declaro que quiero enderezarla de un modo especial á las madres de familia que están aquí presentes. A vosotras, madres cristianas de familia que estáis aquí ahora, os digo: ¡lloráis por la Iglesia Católica, tan perseguida actual-

mente en el Ecuador?... Pues, no lloréis por la Iglesia: llorad por vosotras mismas, llorad por vuestros hijos!

No sólo á vosotras, madres de familia que estáis presentes aquí, escuchándome ahora, sino á todas las madres católicas de esta populosa Capital, levanto mi voz, para decirles: no lamentéis por la Iglesia; lamentad por vosotras mismas, lamentad por vuestros hijos!... No sólo á vosotras, las que habéis venido ahora al templo; no sólo á todas las madres católicas de Quito, lo digo también á todas las madres piadosas de la República entera: ¿os lastimáis por la persecución de que la Iglesia es víctima en nuestra Patria?... ¡Ah! llorad, no por la Iglesia, sino por vosotras mismas y por vuestros hijos!...

Fatigado, casi agonizante, desfallecido bajo el peso de la cruz, iba subiendo, paso á paso, el Maestro Divino la pendiente del Calvario: unas cuantas mujeres piadosas, viéndolo, se movieron á compasión, y comenzaron á llorar y á lamentar: oyendo sus sollozos, detúvose el Señor, puso en ellas sus ojos, y, con voz serena y calmada, Hijas de Jerusalén, les dijo, no lloréis por mí: llorad por vosotras mismas y por vuestros hijos; porque día vendrá, cuando diréis: ¡dichosas las estériles! ¡Feliz el vientre que no concibió nunca! ¡Felices los pechos que nunca amamantaron!... ¡Reprobó, acaso, el Redentor esa demostración de lástima y de compasión para con su adorable persona? ¡Condenó, tal vez, el llanto de aquellas piadosas mujeres? ¡Ah! No: quiso instruir las, quiso hacerles comprender cuál era el motivo por el cual, siendo inocente, pa.

decía tanto, y era sentenciado á una muerte tan ignominiosa, y, por eso, añadió: si con el árbol verde se hace lo que estáis viendo, con el seco ¿qué se hará?.... Empleó Jesucristo el lenguaje figurativo de la Escritura, en la cual el árbol seco, estéril, designa al pecador; y el verde y frondoso, al justo: en el leño seco prende fácilmente el fuego y lo reduce pronto á cenizas: con la frescura del leño verde pugna primero el fuego, antes de enseñorearse de él y abrasarlo.

Jesucristo padecía como víctima inocente de los pecados del linaje humano: esos pecados eran la causa de su pasión y de su muerte. Santas y meritorias eran las lágrimas, que las piadosas mujeres de Jerusalén derramaban por el Señor; pero era necesario plañir y lamentar por los deicidas, sobre quienes caería la sangre de Jesucristo.—Tal fue la advertencia saludable, con que el Redentor recompensó el llanto y la compasión de las piadosas mujeres de Jerusalén.

La Iglesia Católica es el cuerpo místico de Jesucristo, y, por un designio admirable de la Providencia, en la vida de la Iglesia se renuevan, ya en todo el mundo, ya en cada nación, las mismas circunstancias de la vida mortal del Hijo de Dios humanado.—Cuando llega, pues, en una nación cualquiera una época [como la que estamos atravesando actualmente en el Ecuador], en la que la Iglesia es odiada, calumniada y perseguida, debemos humillarnos, y reconocer que Dios ha permitido que la Iglesia padezca, á causa de nuestros pecados; y entonces hemos de llorar, no por la Iglesia, sino por nosotros mismos: nuestros pecados son la causa de los padecimientos de

la Iglesia: lloremos por nuestros pecados, lamentemos nuestras culpas, por las cuales padece la Iglesia. Ella va subiendo á su Calvario ahora en el Ecuador: va subiendo, abrumada bajo el peso de la cruz; y, mientras va lentamente por su vía dolorosa, los impíos blasfeman de ella, y se felicitan, creyendo que no tardará en morir. ¿No veis cómo las turbas curiosas acuden á presenciar la crucifixión? ¿No advertís cómo le arrojan ya piedras y lodo, para merecer el favor de los que la han condenado á muerte?.... Empero, no lloréis por la Iglesia; llorad por vosotros mismos, llorad por vuestros hijos..... La Iglesia, como su Fundador, tiene fortaleza divina y vida imperecedera: dejadla bajar al sepulcro; sacudiendo el sudario ensangrentado, resucitará gloriosa!!.....

No deseo, no quiero separarme del espíritu de esta fervorosa manifestación en honra de la Inmaculada Virgen Madre de Dios; por esto, voy á hacer algunas consideraciones acerca de los pecados, que las madres de familia suelen cometer contra la educación cristiana de sus hijos. Mi palabra es palabra de Prelado: mi voz es voz de Pastor: busco solamente el bien sobrenatural de las almas.

Invoquemos el auxilio divino; implorémoslo por intercesión de la misma Virgen Santísima.—
Ave María.

II

Si me preguntarais por qué Jesucristo amó tanto á los hombres, hasta sacrificarse por la salvación de ellos, os respondería, sin vacilar ni un instante: amó á los hombres, porque los hombres somos desgraciados y miserables, y Jesucristo es bueno, sumamente bueno: propio de la bondad es difundir el bien y hacer participar del bien á ótros..... Jesucristo derramaba el bien á manos llenas: lo derramaba allí donde veía una necesidad; pero, aunque amaba con un amor generoso á todos los hombres generalmente, con todo, tenía en su Corazón Divino ciertas predilecciones, dignas de nuestra consideración. Amaba con predilección á los pobres; amaba con amor especial á los enfermos; amaba con un amor intenso á los pecadores: los pobres, los enfermos, los pecadores eran los predilectos de Jesucristo; su Corazón sentía, además, otro afecto de predilección para con los niños, y los amaba con un cierto amor de preferencia, en el que la ternura estaba mezclada con la compasión.

En los tres años últimos de su vida mortal, cuando andaba predicando por la Palestina, las madres acudían presurosas á su encuentro llevando sus hijos para presentarlos al Señor: se abrían paso por entre la compacta muchedumbre, que siempre le rodeaba; se acercaban á Él, llenas de confianza, y le pedían que bendijera á sus niños, que pusiera sobre ellos sus manos, que orara por ellos; y el Señor se dignaba poner sobre las cabecitas de los niños sus sagradas manos, oraba

por ellos y los bendecía. ¡Qué satisfacción la de las madres, cuando lograban acercarse á Jesucristo y presentarle sus pequeñuelos! ¡Cuán contentas se alejaban, así que los había bendecido!..... A los tiernecitos los llevaban en brazos; á los que eran grandecitos los guiaban de la mano, y los conducían á la presencia del Maestro asombroso, cuya sabiduría las llenaba de admiración y cuya santidad las atraía suave pero invenciblemente.... ¡Qué era lo que había conmovido á esas madres? ¡Por qué anhelaban que sus hijos fueran bendecidos por Jesucristo? ¡Cómo se explica ese empeño por acercarse á Jesucristo y ofrecerle sus niños?..... Esa actitud de las madres hebreas para con Jesucristo tiene explicación: hallo yo esa explicación en una palabra de San Pablo, palabra admirable, como todas las que salieron de la boca del gran Apóstol de las naciones. Dice San Pablo que el corazón ve y que tiene ojos iluminados: *Illuminatos oculos cordis*, los ojos iluminados del corazón [1]. Hay quienes tienen el corazón ciego; pero hay también corazones, cuyos ojos están despiertos, y ven con una cierta luz maravillosa, que los ilumina. ¿Serán esas miradas del corazón los presentimientos, con que á veces se anticipa á la realización de los sucesos? Los ojos iluminados del corazón ¿no serán esos instintos maravillosos, que nos llevan, que nos arrastran, como con un imán irresistible, hacia nuestro verdadero bien? Felices esas madres hebreas, cuyo corazón tuvo ojos iluminados para ver en Jesucristo lo que, en aquellos días, ni

(1) Epístola á los de Efeso, cap. 1, v. 18.

los mismos Apóstoles veían.....Los Apóstoles se molestaban con ellas y les impedían acercarse al Maestro; lo notó Jesucristo y les reprendió, diciéndoles: Dejad que los niños se acerquen á mí: no les impidáis que vengan á mí: *Nolite prohibere eos ad me venire* (2).

Mas, no vayáis á pensar que el corazón de la madre haya sido siempre, como es ahora, lleno de ternura para con sus hijos, amoroso hasta el sacrificio, solícito y delicado. No: el corazón de la madre no ha sido siempre así. La influencia santificadora del Evangelio es la que ha ennoblecido así el corazón de la madre, purificándolo del egoísmo; el egoísmo vuelve á reaparecer, por esto, en el corazón de la madre, á medida que se enfría en ella la caridad y se apaga la fe.

Para conocer lo que era el corazón de la madre, antes de que lo transformara y lo ennobleciera el cristianismo, basta leer á los historiadores y á los moralistas de la antigüedad pagana: ellos refieren, sin emoción ninguna, lo que hacían las madres con sus hijos, y la manera como ellas mismas solían quitarles la vida.

Asimismo los viajeros y los historiadores escriben como está organizada la familia en aquellos pueblos, que no han recibido todavía la civilización cristiana: en todas partes las mismas escenas de crueldad! Donde quiera, aun en las mismas naciones católicas, vuelve á enseñorearse del corazón de la madre el egoísmo, así que se disminuye la influencia de la doctrina evangélica.

Dejando á un lado las numerosas autorida-

[2] San Marcos, cap. 10, v. 14.

des, que pudiera aducir para probar lo que acabo de decir, me basta con citar ahora el testimonio de Tertuliano.—Entre las naciones paganas, ninguna fue tan famosa por sus armas y por su civilización como la Romana: pues ¿qué hacían en Roma las madres paganas con sus hijos tiernos?—¡Los mataban cuando querían!.....Y ¿cómo los mataban?—¡Los mataban haciéndolos perecer de frío; los mataban de hambre; los mataban ahogándolos en el Tíber, á cuya corriente los arrojaban de propósito; los mataban, en fin ¿cómo?, echándolos á los perros, para que los perros los devoraran!.....¡Tan tierno era el corazón de las madres paganas en la civilizada Roma!.....Tertuliano, el famoso doctor africano de fines del siglo segundo de la Iglesia, se lo echaba en cara, escribiendo, en la misma ciudad de Roma, su Apología en defensa de la Religión cristiana. Esa Apología estaba dirigida al Senado romano, y no hubo ni una sola voz que se levantara para desmentir á Tertuliano (3).

Ahora bien: cuando las madres de familia católicas descuidan, á sabiendas, los deberes que para con sus hijos les impone el Evangelio, relativamente á la educación cristiana de ellos, entonces hacen con sus hijos, en el orden sobrenatural, lo que, en el orden temporal, hacían las madres paganas: los matan, les quitan la vida sobrenatural, ¿cómo?—Matándolos de frío, de hambre, arrojándolos á la corriente de las aguas, echándolos en pasto á los perros!

Veámoslo. ¡De frío!..... La educación

(3) En el Capítulo nono.

cristiana del niño debe comenzar en el regazo de la madre..... El hogar doméstico, el seno de la familia, allí es donde se ha de comenzar, se ha de continuar y se ha de perfeccionar la educación cristiana: así como en la vida temporal no hay abrigo alguno que reemplace al calor del seno materno, así también para la vida moral y, sobre todo, para la vida sobrenatural del alma cristiana del niño, el ejemplo de la madre es decisivo. Si la madre fuere buena, el niño vivirá!

Hay hogares cristianos, cuya atmósfera moral es helada: allí nunca se pronuncia siquiera el nombre de Dios; hablar de Jesucristo no sería de buen tono. El niño abre los ojos á la vida moral, y no ve nunca ejemplo ninguno de virtud: hay una cierta regularidad de costumbres acompañada; pero todo es frívolo, todo es superficial; ni un solo acto de religión, ni una sola práctica piadosa, nada, que le recuerde al hombre su fin sobrenatural. Se le han cerrado á la Religión todas las puertas: Jesucristo, ese Sol divino de justicia, no tiene entrada ahí, y, por eso, todo es helado y yerto, con el frío de la más glacial indiferencia religiosa.

El niño crece, respirando en esa atmósfera de invierno, con su alma desabrigada moralmente, con su alma sobrenaturalmente desnuda; y, por esto, no resiste, y cae y sucumbe, así que comienzan á soplar los vientos de las tentaciones. La urbanidad no suple nunca, no puede suplir jamás, á la sólida educación cristiana.

¿Qué diré de esas otras madres católicas, que, de propósito, les niegan á sus hijos el ali-

mento sobrenatural del alma?.....Nunca les dan el pan de la vida: ni ellas frecuentan nunca los sacramentos, ni aconsejan jamás á sus hijos que los frecuenten. Solícitas, diligentes por los bienes de este mundo; esclavas del respeto humano, cuidan, con esmero, de todo lo que contribuye á fomentar las pasiones de sus hijos; pero del bien sobrenatural de ellos hacen muy poco caso. Temen la práctica de la religión en el hogar; se asustan cuando se trata de la frecuencia de sacramentos; y ellas, que se desesperarían, si se les dijera que sus hijos corren peligro de enfermarse, los matan de hambre, los matan, así, de propósito. Hambre de Dios siente el alma del niño, sed de Dios la devora.....Madres católicas, ¿dejaréis perecer de hambre á vuestros hijos? ¿Les quitaréis de los labios sedientos el agua de la vida eterna?

¡Ay!.....¡Mil veces ¡ay! de aquellas madres, que van desterrando del hogar doméstico á Jesucristo!!....De catolicismo en la familia, lo menos posible, sólo lo estrictamente indispensable: son tan avaras del pan del alma, tan mezquinas del alimento religioso, tan pródigas de condescendencias criminales.....Sus hijos han crecido: hastiados de placeres sensuales, la vida les causa fastidio; el cuerpo, presa de enfermedades vergonzosas; el alma, soñolienta, apetece algo, anhela algo, busca, ansía algo, y ese algo, que le falta al alma, es Dios, Dios de quien ella tiene hambre, Dios por quien ella está sedienta! ¡Ah! madres católicas, no matéis de hambre á vuestros hijos!

Los padres de familia, las madres de familia

tienen sobre sus hijos derechos inalienables, derechos sagrados, y también, deberes estrictos y no menos sagrados para con ellos; y, en virtud de esos derechos, y á causa de esos deberes, la educación de los hijos es obra de los padres de familia, obra de ellos, obra obligatoria, obra que les impone responsabilidades terribles ante Dios y ante la sociedad. Abandonar, pues, á los hijos á merced de ellos mismos, es arrojarlos, impávidamente, á la corriente del mundo y de las pasiones, para que perezcan miserablemente.

El padre, la madre deben amonestar á sus hijos; y están obligados á vigilar sobre ellos, y á reprenderlos, y á corregirlos, cuando cometen faltas: dejarlos entregarse á los vicios, por condescendencia; atizar sus pasiones desordenadas, con adulos, con mimos, con complacencias punibles, ¿qué es, sino arrojarlos al río, para que mueran ahogados allí?.... Madres cristianas, mirad! No arrojéis vuestros hijos al Tíber: sus aguas son turbias; y, cuando vuestras entrañas se conmuevan de compasión é intentéis salvarlos, será ya tarde! ... Habrán perecido ya!!!.... Ahí va, ahí va!!!.... ¿No lo veis?.... Ebrio, casi idiota, enfermo del cuerpo, mucho más enfermo del alma; sin respeto á sí mismo, sin miramientos sociales: es la vergüenza de la familia, la afrenta de los suyos.... La corriente del vicio lo arrebató, salvadlo!!!.... ¡Ay! es ya tarde: salvarlo es imposible! ¿Quién lo arrojó á las olas? ¿Quién lo despeñó al fondo? ¿Quién? ¡Ah! No me preguntéis: quién!..... ¡El mismo padre!..... ¡Su misma madre!..... Madres católicas, salvad á vuestros hijos!!!..... Vosotras mismas los lleváis al bor-

de del abismo? ¡Madres, ah madres, tened piedad de vuestros hijos!!!

La Iglesia tiene fortaleza divina, la Iglesia tiene vida imperecedera: no lloréis por la Iglesia; llorad por vuestros hijos, llorad por vosotras mismas!

El niño, una vez perdida la fe, se precipita, con ansia, en los placeres sensuales, y se ahoga en ellos: la vida religiosa, la vida del alma perece: perece para el niño, se acaba para el joven; la vida de la Iglesia es imperecedera!

Todavía hubo otro linaje de muerte más cruel y más infame.....Las mismas madres echaban sus hijos recién nacidos á los perros.... *Siquidem et de genere necis differt, utique crudelius,....canibus exponetis*, decía Tertuliano: matáis á vuestros hijos con un género de muerte más cruel, los echáis á los perros!.....¡Ea! madres cristianas, emulad á las madres paganas de la antigua Roma.....No bauticéis pronto á vuestros hijos, postergad el bautismo, retardadlo cuanto se os antoje.....:el Can infernal está hambreado, y suele dar vueltas, buscando á quien devorar! *Circuit, quaerens quem devoret*.

Dadles lecciones de lujo á vuestras niñas, poned en manos de ellas libros y escritos corruptores, llevadlas á bailes y á espectáculos, en que peligre su honestidad: *canibus exponetis*, echadlas á los perros!.....Pobrecillas, inocentes!.....

Vuestros hijos son candorosos, sencillos; sus almas están puras.....Pues á los perros con ellos!.....Al muladar de la escuela laica, y que apacienten ahí á los que están ávidos de almas, á

los que olfatean la vida sobrenatural del niño para devorarla! *Canibus exponetis*. ¡Echadlos en pasto á los perros!!!.....Pero, recordad que una boca divina dijo: ¡ay! del que diere escándalo á un niño!.....*Vae illi per quem scandalum venit* (4).

¡Educación laica! ¡Ah! La escuela laica! Allí se olfatea la vida moral, la vida cristiana, la vida sobrenatural del niño: allí los niños, vivos, con vida moral, con vida cristiana, con vida sobrenatural, son devorados ávidamente. Las madres paganas de la antigua Roma arrojaban sus hijos vivos en pasto á los perros: madres crueles, madres sin entrañas!.....No: no se sabe que primero los mataran, antes de echarlos á los perros: los echaban vivos!.....Ternezuelos, débiles, indefensos, eran dados en pasto á perros hambrientos.....Madres católicas, ¿haréis vosotras lo que hacían las madres paganas de la antigua Roma!....El niño no puede defenderse ni del mal ejemplo, ni de la seducción, ni de la enseñanza irreligiosa: ahí perecerá su inocente alma necesariamente!.....Las madres paganas quedaban satisfechas, cuando los perros se comían á sus hijos, á los hijos de ellas: en esto, ¿las emularéis vosotras?.....*Canibus exponetis*.

Nada hay para mí tan sagrado, tan trascendental, como la educación de veras cristiana de los niños: esa es ahora para mí una cuestión gravísima, la más importante de todas las cuestiones religiosas del Ecuador, en la hora presente: Dios mismo se ha dignado hablar; ha hablado,

(4) San Mateo, cap. 18, v. 7.

con el lenguaje del Omnipotente: el Infierno se aira, y la cólera suya es señal de que peligrá la vida sobrenatural de las almas. Madres católicas, sacrificaos por la salvación de vuestros hijos.

De propósito no quiero hablar yo ahora de la complicidad de las madres de familia al pecado de sus propios hijos: recordaré solamente otra de las infamias del paganismo. Refiere el mismo Tertuliano que las madres pobres vendían sus hijos, para que los inmolaran á los ídolos. ¿Qué os parece de semejante amor maternal?.... La madre, que vendía un hijo suyo para que fuera sacrificado á los ídolos, estaba obligada á presenciá el sacrificio, el cual de otra manera no lo aceptaban los dioses: la presencia de la madre era indispensable, es decir, su complicidad en la inmólación de sus propios hijos.

Yo, como Pastor de la grey que el Señor me ha confiado, estoy vigilando sobre mi rebaño; estoy atalayando todo el campo á la redonda, para dar la voz de alerta, así que descubra algún peligro. He divisado al enemigo, y grito, grito contra él: ¡cuidado, madres católicas! ¡Cuidado!!..... El comprador de niños, para hacer de ellos un sacrificio al demonio, está ya en medio de nosotros, llamando está á vuestras puertas... no las abráis, no le deis entrada.... ¡El lujo, el lujo, ese es, ese es el mercader de niños!..... Compra almas, para sacrificarlas al demonio!.... ¿Qué de puertas se le han abierto ya al comprador infame en esta católica ciudad? ¡Dios mío! ¡Dios mío!!!

El lujo, ese gran negociante de almas, ha encontrado abiertas las puertas del hogar cristiano

en Quito!.... ¿Quién se las ha abierto? ¿Quién?.. Los mismos padres, las mismas madres de familia.... y se las han abierto de par en par.

El lujo no entra solo; acompañado anda siempre de la desenvoltura, de la molicie, de la inmodestia, de la pereza, de la frivolidad.... Ese es su cortejo. ¡Qué de hogares se le han abierto al negociador de almas en esta Capital!..... La ciega vanidad de las madres de familia le ha mullido el asiento, y el comprador está ahí á sus anchas. ¡Pobres niñas! ¡Pobres hijas de familia, las vendidas al comprador!....¿Qué precio dejará ese insaciable negociante, cuando salga del hogar doméstico? Dejará lo que siempre deja: pobreza, vergüenza, deshonor.....¡Ay! de las familias, víctimas del lujo!

En el orden sobrenatural, las madres hacen con las almas de sus hijos lo que las mujeres paganas de la antigua Roma hacían con los suyos: matarlos de frío y de hambre, arrojarlos al Tíber, echarlos en pasto á los perros, y venderlos para que sean sacrificados á los ídolos.....¿Cómo se explica esto? Los ojos del corazón de esas madres están ciegos: no los ilumina la luz santificadora del divino Sol de justicia!.... Madres cristianas, abrid los ojos de vuestro corazón á la luz de Jesucristo, abridlos! Conoced al Redentor; orad por vuestros hijos, orad por ellos, orad sin cesar. La oración es uno de los más graves deberes de las madres de familia.

Para una madre cristiana, para una madre sinceramente católica, su hijo es un sér sagrado, y le inspira, no un mero amor natural, sino respeto y amor puro, mezclado de reverencia. El niño

es sagrado, porque en su alma inocente mora el Espíritu Santo; el niño inspira respeto, porque su inocencia está defendida por el santo Angel de su guarda, encargado de castigar al que la ofendiere; el niño infunde reverencia, porque Jesucristo lo ama con predilección, y exigirá á la madre cuenta rigurosa del alma de su hijo.—El alma de los niños es preciosa para nuestro Señor Jesucristo, porque le ha costado no sólo su sangre divina, sino los dolores y el martirio de su Madre Inmaculada, la Virgen María, asociada en los designios del Eterno á su Hijo Unigénito, de un modo necesario, para la obra de la redención del linaje humano.

Las almas de los niños son, pues, doblemente caras para nuestro Señor Jesucristo: lo son, porque le costaron su sangre, su vida; lo son, porque á su Madre Santísima le costaron dolores imponderables durante toda su vida, y principalmente al pie de la Cruz en el Calvario.

III

LA Virgen María cooperó á la obra estupenda de la salvación de las almas, dando, libre y voluntariamente, su consentimiento para la Encarnación del Verbo Divino en sus castísimas entrañas; cooperó, libre y voluntariamente, otorgando su consentimiento para la redención del linaje humano; cooperó, en fin, cuando, en la presentación del Niño Dios en el templo de Jerusalén, ratificó generosamente la oblación, que de su Hijo había hecho á Dios Padre, prestando su asentimiento, deliberadamente, para la pasión del Redentor. Las almas de los niños son preciosas, son sagradas: la vida sobrenatural de esas almas no se les ha infundido de balde, es el precio de la sangre y de la vida de Jesucristo, y de los dolores maternales de la Virgen María.

¿Qué debemos hacer para salvar las almas de los niños? Para salvar esas almas preciosas, esas almas sagradas, debemos sacrificarnos con generosidad, asociándonos en nuestro sacrificio á esas dos santas y adorables víctimas de la redención humana, Jesucristo y su Madre, la Virgen María, el Redentor y la Co-redentora del linaje humano.... ¿Quién vacilará en sacrificarse por la educación cristiana de los niños?

Madres católicas, vosotras, las que estáis ahora presentes aquí; padres de familia, religiosos, sacerdotes, niños, niñas, todos, volved vuestros rostros al altar, mirad ese cuadro: ahí está diciéndoos, de un modo maravilloso, la Providen.

era divina cuánto valen las almas de los niños, cuán caras le son á Jesucristo y á su Madre, la Virgen dolorosa . . . ; La Dolorosa! . . . Mirad . . . Ese rostro angusto no tiene la inmaculada frescura de la juventud, sino la gravedad serena de la edad provecta: pálido, enjuto, demacrado; las facciones virginales intactas, bañada en honda tristeza la intencional mirada, revelando está cuán amarga es la angustia, que le oprime el alma.

La corona de espinas, sostenida por la mano derecha en el regazo maternal; el manojo de clavos, tintos en sangre, recogido amorosamente con la izquierda, manifiestan por que su corazón está desgarrado de dolor.

Una mano invisible, una mano misteriosa, ha hincado, uno tras otro, á un tiempo, siete agudos puñales en ese corazón maternal, en ese corazón amoroso, en ese corazón magnánimo, y lo ha clavado contra el pecho: allí, acribillado de dolores inefables, está vivo ese corazón; está vivo, vive para el dolor, pero no palpita, no puede palpar El dolor ha hecho de ese corazón su blanco, ha asestado contra él y lo ha traspasado!

Apagada la aureola de gloria, que coronara su cabeza, no obstante, en todo su continente resplandece una majestad tan grave, tan augusta, que infunde respeto é inspira reverencia. Tranquila, apacible, meditabunda; sus labios, cerrados, guardan silencio, callan; pero, con sus ojos, habla. Esos ojos, vivos, llorosos, entristecidos, se fijan en el que los mira, y, con elocuencia muda, le arguyen, le reconviene

20 Cuando uno se atreve á fijarse de propósito en esos ojos elocuentes, esos ojos habladores que quedan mirando de hito en hito, y lo conturban, y lo avergüenzan, y lo confunden: le desnudan el alma, y le echan en cara los pecados, con que uno ha causado á la Virgen esos sus recónditos dolores. Delante de ese cuadro, uno queda humillado; y la conciencia le clama allá dentro, en lo íntimo del alma, que de esa sangre, que tiñe los clavos y la corona de espinas, no está uno inocente.

¿Será esto, tal vez, un prodigio del arte? — ¡Ah! No: el dibujo, los colores, la destreza del artista no tienen parte en esto: ahí le plugo ocultarse á la bondad divina, y de ese papel se ha querido servir el Todopoderoso, para hacer ostentación entre nosotros de su misericordia, de su gran misericordia, de su sorprendente misericordia, de su misericordia de nosotros tan inmerecida!

¡Oh! Madre santa! ¡Oh Virgen dolorosa! ... Ya os entiendo, ya comprendo vuestros designios piadosos! Vigiláis sobre los niños, con solicitud maternal, y reprobáis y condenáis todo cuanto se hace en la educación de los niños contra la salvación de las almas de ellos. Yo, como Pastor de las almas; yo, como Padre de las almas en el orden sobrenatural, os doy gracias, de lo íntimo de mi corazón, por esa vuestra vigilancia maternal sobre los niños, cuyas almas están ahora en tanto peligro de perecer; y ahora os consagro á Vos todos los niños de esta nuestra atribulada República. Vuestros son, vuestros os ruego que sean siempre ¡oh! María! ... ¡No los abandonéis nunca! ¡Protegedlos, amparadlos, defendedlos

¡Miradlos siempre con esos vuestros ojos, llenos de misericordia, oh piadosa, oh dulce Virgen María!

Os confieso, Señores: ¿por qué había de ocultarlo?... Desde que me pedisteis que os dirigiera la palabra, me asaltó el temor, y un cierto miedo reverencial me infundió recelo; porque, involuntariamente, se me ocurrieron á la memoria unas palabras de los salmós, las que me parecía que la Santísima Virgen, la Dolorosa del Colegio, me las dirigiría á mí. *Peccatori autem dixi: quare tu enarras justitias meas, et assumis testamentum meum per os tuum?* (5) Le reproché al pecador, diciéndole: ¿cómo te atreves tú á hablar de mis obras? ¿Quién te ha permitido tomar en tu boca mis portentos?... Sí: me parece, Virgen poderosa, que con ese vuestro mirar de vuestros afligidos ojos me estáis haciendo ahora mismo esta reconvencción, que me conturba el alma y que ahoga la voz en mi garganta. Lo confieso: soy pecador, soy un gran pecador! Reina, Madre de misericordia, perdonadme!—Así sea.

(5) Salmo 49, v. 16.

